

La desocupación: algunas reflexiones sobre sus repercusiones psicosociales¹

Elina Aguiar ^{*†}

1) Desocupación y control social

El importante incremento de la desocupación es un hecho económico, social e histórico, y los procesos económicos, históricos y sociales no son productores de efectos en la subjetividad: moldean y remodelan las personas y sus vínculos.

Históricamente en nuestro país, desde el poder y desde la última dictadura se ponen en marcha políticas destinadas a producir cambios drásticos en el tejido social y en la subjetividad colectiva. Cambios que apuntan al conformismo y a la fragmentación de la red social.

Hoy se deterioran las relaciones laborales y las relaciones sociales de la comunidad, exaltándose el individualismo en detrimento de la solidaridad. “Sálvese quien pueda” es la consigna desde el poder.

^{1*} Publicado en Rev. De “Psicoanálisis de las Configuraciones vinculares” de la A.A.P.P.G.. Tomo XX, N°1, 1997, Bs. As.

^{†**} Psicóloga Clínica. Miembro Titular e Integrante del Departamento de Pareja de la A.A.P.P.G. y miembro Titular de la A.P.B.A. Integrante de la Mesa Directiva y Coordinadora de la Comisión de Salud Mental de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos.

Salguero 1587 P.6° “F” (1177) Buenos Aires, Argentina. Teléfono: 824-5847; Fax: 826-7748

†

Como decía el torturador en el “Sr. Galindez”, de Pavlovsky: “Por cada uno que tocamos, mil paralizados de miedo. Nosotros actuamos por irradiación”. Por cada desocupado...¿cuánto terreno fértil para aterrorizar?, según esta lógica. La amenaza de desocupación funciona como “chantaje social “ que hace presión para aceptar cualquier tipo de condiciones laborales y “porque hay muchos esperando su puesto y por menos dinero”. Además, la ausencia de seguro de desempleo que garantice condiciones mínimas de vida, coacciona al desempleado y disciplina a los ocupados. La desocupación es una amenaza colectiva, estructural y “desocializada”. El desempleo es un fenómeno social pero es vivido como crisis individual, despojado de su dimensión social..

La institucionalización del desempleo promueve la resignación , el conformismo y la aceptación de condiciones de trabajo y de vida no dignas.

Uno de los efectos de la desocupación es la paulatina inmovilización de los estratos sociales, que tienden a volver a una condición de derrotismo, fatalismo y pasividad.

En estos días, la flexibilidad laboral instrumentada excusa de generar empleos, desestabiliza al trabajador y rebaja las indemnizaciones por despido para permitir una verdadera “ley de desempleo”. Las reformas laborales no crearon nuevos puestos de trabajo, sino que:

- empeoraron las condiciones de trabajo, superando el piso de las condiciones mínimas;
- aumentaron los índices de desocupación y subocupación;
- el desempleo no aparece ya como transitorio sino como estructural.

A su vez la real amenaza de quedar sin trabajo, mantenida a lo largo del tiempo, genera tensiones equivalentes a las de perder el trabajo. Tanto es así que un informe producido en 1986 por la OMS señala al desempleo como una de las principales catástrofes epidemiológicas de la sociedad contemporánea. El desempleo es una catástrofe de origen social, pero a diferencia de una epidemia, tiene actores responsables y víctimas de ello.

“Desocupación”, “masa sobrante”, “somos números”, son expresiones de los desocupados que aluden a violencia social. Así como en la última dictadura los ciudadanos

perseguido por el Terrorismo de Estado, fueron estigmatizados para justificar las violaciones de sus derechos – “ por algo será, algo habrán hecho” -, lo mismo sucede con los desocupados víctimas de estas dictaduras económico-financieras; son estigmatizados, se los acusa y se los trata de expulsar, se convierten en “desaparecidos sociales” que mueren se muerte lenta: por desnutrición, suicidios, mayor incidencia de morbilidad y exclusión social.

-“¿A quién le importamos?”, es una vivencia generalizada de quienes han sido despojados de su trabajo. Despojo que implica una violencia a nivel de la pertenencia e inserción en el espacio social y en la red familiar.

2) Desocupación y trauma

La desocupación y la amenaza constante de perder el trabajo son violencias que se ejercen contra los sujetos y que producen una angustia que conceptualizo como traumática.

La amenaza de perder el trabajo encuentra relación con lo que en 1893 decía Freud con respecto a las experiencias traumáticas. “lo que es eficaz para el síntoma es el afecto de terror”. Esto es lo que hace de un acontecimiento un trauma. Freud recalca que el trauma de origen social produce “estupor inicial, paulatino embotamiento, anestesia afectiva, narcotización de la sensibilidad...abandono de toda expectativa...y alejamiento de los demás (Freud, S. 1930; “El malestar en la cultura”).

La primera forma de angustia traumática es asociada a inermidad y desamparo; la desocupación y la flexibilidad laboral exponen a las personas y las dejan indefensas ante el deseo de muerte de otro que las considera “masa sobrante” y las excluye del sistema laboral en aras de un supuesto bien superior.

Mom y Baranger (1987) señalan que toda situación traumática produce cuatro efectos:

- 1) Se activa la compulsión la repetición. (Por ejemplo, el desocupado es marginado, se automargina y esto aumenta su marginación, es culpabilizado, se autoreprocha y esto incrementa su culpabilización).
- 2) En una situación traumática, al quedar libres las catexias se buscan nuevas investiduras libidinales. Estas investiduras serán frágiles y precarias (Por ejemplo, es un observable frecuente el recurso del pensamiento mágico, cábalas, supersticiones, etc.).
- 3) Se toman nuevas medidas defensivas para que nada del trauma sea recordado y repetido. Hoy, ante la desocupación, desde los sectores del poder se promueve su desmentida, lo que tiende a generar paralización, apatía e indiferencia en los afectados y en el conjunto social en general. Nuevamente, ante la desocupación se favorece el “no te metas”, ya inducido durante la última dictadura como forma de control social. Por miedo a perder su trabajo o a no conseguirlo, las personas tienden a desentenderse de la suerte de los otros. Como recalca S. Amati, el miedo, las más de las veces inconsciente, hace que lleguemos a aprobar lo que desaprobamos. (S Amati, 1988).
- 4) hay en el trauma un cierto monto de agresión libre, lo que produciría la predisposición a la violencia contra sí mismo o contra los demás. La desocupación se convierte en un nuevo trauma de origen social que viene a agregarse a los ya sufridos por las sociedad. El traumatismo acumulativo favorece a el aislamiento y la resignación.

3)Desocupación y violencia.

Una forma de violencia impuesta a través de una ley, que burla la esencia de la ley misma, la llamada “flexibilización laboral”, termina atacando a la ley, por ende al pensamiento, y produce junto con el terror sumisión y luego anestesia o resignación ante la voluntad de ese otro vivido como omnipotente. Se favorece la anomia.

La violencia impuesta por la flexibilización laboral o por el desempleo, queda anclada dentro de los ciudadanos en su cuerpo, en su musculatura, como una tensión reprimida y en su mente como una culpabilidad asumida. Provoca un estado de inhibición y/o explosiones periódicas de violencia hacia sí mismo o los demás.

Sobre la cotidianeidad de las personas recae el impacto de las violencias y las transformaciones de lo público. Sobre ella también recaen otras violencias previas inherentes a la sociedad, donde se “naturalizan”, se toman como naturales esos ataques y no se cuestionan. A esta violencia padecida al quedar excluido del trabajo, se le suma la violencia que implica la culpabilización del desocupado por parte de los estamentos de poder. Es lo que llamamos victimización secundaria: “Es su culpa si está sin trabajo”, “Es por falta de capacitación laboral que hay desocupados”. Estas violencias recaen en el seno de la familia y son muchas veces una repetición de las violencias padecidas fuera de ella y convalidadas desde el entorno social.

Es de destacar que un acto violento en el espacio familiar puede tener su origen en otro lado, en el espacio laboral por ejemplo. Las tensiones actuales creadas por el desempleo y el empobrecimiento, tienen inmediata repercusión en la red familiar, aunque sus miembros creen ser los actores cuando en realidad son receptores y portadores pasivos. Muchas veces el desocupado parece ser el eje generador de violencia cuando es sobre todo el receptor, y con ello transmisor sin saberlo.

4) Efectos en lo cotidiano

La desocupación desarticula la vida cotidiana del desocupado y su entorno.

El trabajo proporciona un marco estable a la cotidianidad. Vida cotidiana es un concepto con el que nos aproximamos a lo inmediato, lo vivenciado, a lo que por obvio nos resulta siempre fácilmente accesible. Se trata de costumbres, prácticas, representaciones acerca de lo que sucede. La vida cotidiana es esencialmente plural y contradictoria, las personas registran las experiencias de diferente manera según los géneros, el lugar social, las generaciones, etc. Lo cotidiano es denso y opaco en el sentido de que es una condensación de lo tradicional, lo nuevo, los valores, los temores, los prejuicios, etc. (Villavicencio, S. 1996).

El trabajo nos impone una estructuración del tiempo y de los ritmos, hábitos y costumbres, al trabajador y a su familia. Provee una fuente importante de vínculos extrafamiliares, que nutren la vida diaria, confirman la pertenencia social y la inclusión en objetivos sociales más amplios.

La desocupación implica que una persona es arrancada de su lugar, de su grupo de pertenencia y referencia, de su cotidianidad, de la vida de relación laboral, de códigos compartidos. Genera vivencias de desarraigo, “¿quién soy yo y para quién?” y desamparo “¿con quién cuento ahora?, “¿qué será de mí?, “¿a quién le importo?.

Para explicar los efectos psicosociales del desempleo, Jahoda (1982) elaboró la “teoría de la privación” del trabajo. Según la autora, el trabajo da a las personas la posibilidad de acceder a “cuatro categorías”:

- 1) Estructuración temporal de la jornada, los ritmos y costumbres de la cotidianeidad. El trabajo es el reloj de las familias. El proceso de socialización, desde el inicio a la escolaridad implica la participación en un tiempo social organizado. El tiempo social tiene dos dimensiones (Zerubavel). Una dimensión temporal es la lineal y progresiva, relacionada con los proyectos de mediano y largo plazo; otra temporalidad es cíclica: hace a la habitualidad y se relaciona con regularidades y repeticiones que sirven de marco estable y reasegurados de la vida cotidiana de las personas. La desocupación atenta contra ambas formas de temporalidad. Es observable que algunos desocupados parecen haber perdido el sentido del tiempo; actividades simples, por ejemplo, que debieron ocupar algunos minutos, les llevan horas (Jahoda).
- 2) La provisión de contactos sociales regulares fuera del circuito familiar.
- 3) La imposición de objetivos que trascienden al individuo
- 4) Un status y una identidad social (que retomará a propósito de la pertenencia).

Ya en 1938 Eisenberg y Lazerfeld describen los efectos que produce en las personas la pérdida del trabajo: primero causa un shock (despiertan a la mañana desorientados, no lo pueden creer); luego, a este estupor inicial le sigue una búsqueda activa y optimista de trabajo, creen que sí van a poder conseguirlo; después cuando no lo consiguen se vuelven pesimistas, manifiestan ansiedad de muy distinta manera, sufren, se quiebran. Más tarde se vuelven fatalistas, dejan de buscar trabajo, y comienzan a adaptarse a su nuevo estado. Se instala la desesperanza, surgen los autorreproches, las repercusiones psicosomáticas. Se sienten rechazados y no buscan trabajo para no exponerse de nuevo al rechazo y a la desilusión. Sienten vergüenza en mostrarse, en pedir; se aíslan, como si se escondieran de los demás.

Quienes han perdido su trabajo se encuentran en una situación de duelo; la tristeza al perder algo valorado se traduce en decaimiento físico, disminución de la autoestima, autorreproches, sufrimiento mental y aislamiento. Pero esta pérdida tiene el matiz de ser un despojo que homologa a situación traumática de origen social.

Generalmente, con la desocupación se instala la incertidumbre respecto de su subsistencia y la de su familia. Se sienten inseguros, se desesperan.

Cuando el desempleo va asociado a la pobreza, el sujeto empieza a tener que enfrentarse con situaciones humillantes, desde pedir dinero y eludir los pagos hasta mendicidad o delincuencia (robos, tráfico de drogas, etc.).

a) Desocupación, pareja y familia.

La vida cotidiana de la pareja abarca el espacio público y el privado. Transita entre ellos. Sobre cotidianidad recae el impacto de las violencias de los otros espacios. La vida cotidiana de la red familiar puede revestirse de bienestar o de malestar; muchos son los factores que intervienen para hacer oscilar el péndulo y la desocupación es un factor preponderante y catalizador.

Precisamente es en los vínculos más estables, como la pareja y la familia donde, cuando falla el marco estable y reasegurador que proporcionaba el trabajo, resulta muy difícil suplir esta carencia y no sucumbir en la desorganización. Las personas que han sido despojadas de su trabajo o están bajo la amenaza de perderlo, suelen aferrarse al marco estable, ilusoriamente seguro y continente de la pareja. Pero su marco de sostén no puede reemplazar al sostén laboral perdido: es una demanda imposible de cumplir. Ante esa imposibilidad se puede instalar el reproche entre los miembros de la pareja. Reproche que está en la estructura de la pareja y que se reactualiza: desilusionados del contexto socio-laboral, se quejan, reprochan a su pareja.

En la base de la pareja conyugal el enamoramiento, como sentimiento fugaz y efímero, da lugar a un pasaje gradual al amor, como sentimiento más complejo y permanente, que reconoce lo diferente del otro. Pero en muchos casos, no se podrá realizar este pasaje y se producirán intentos de volver al estado inicial. Una de las formas -fallidas por excelencia- de este intento es el reproche (Puget-Berenstein, 1988).

Ante la situación de desempleo o amenaza de él, la pareja puede hacer una regresión y retroceder a un estado de reproche. Se le exige al otro que sea como uno quiere, que dé lo que no puede dar, que supla lo que no puede suplir. Tiene una cualidad rígida, repetitiva y estereotipada. Este reproche y disconformidad se puede instalar en la pareja o en el vínculo con los hijos. Ante la desocupación, uno o los dos de la pareja se sienten defraudados, derrotados y exigen al otro resarcimiento de su pérdida, reparación de la autoestima, en suma ser revalorizado en su valía jaqueada: “Mostrame que valgo, que no sobro, que no estoy de más; ¿soy alguien?, ¿quién soy ahora para vos?; ¿qué sos vos para mi?, ¿a vos te importo aunque esté sin trabajo? Si no traigo dinero, ¿qué le doy a mi familia?”

b) Desocupación, pareja y violencia

Ante la desocupación, la sub-ocupación o la amenaza permanente de desocupación, las parejas pueden pasar por momentos de cohesión y apoyo mutuo, de acusaciones, reproches y violencias.

La pareja y la familia con sus vínculos de alianza y consanguinidad dan la ilusión de indestructibilidad. Ilusión de poder soportar y contener los ataques y las violencias. (Puget- Berenstein, 1988).

Cuando la relación se tiñe de violencia, pasan del deseo de ser sostenido y sostener, donde uno parece frágil y el otro potente, a la relación amo-esclavo. (¿Reproducción del amo-esclavo laboral?). El que pega necesita de su víctima para sentirse potente, y es heredero de los estereotipos socio-culturales transmitidos y vigentes. Estas personas en estado frágil pueden establecer un

vínculo ilusoriamente amparador-amparado con una total exigencia del uno hacia el otro. Ante tal exigencia la cotidianeidad de la pareja se convierte poco a poco en cercenante. Surge el temor a la autonomía del otro y al abandono. La autonomía de la otra persona es interpretada como abandono. El que controla y daña, lo hace como manera de anular la autonomía de esa otra persona. Así por ejemplo, si la mujer sale a trabajar ante la desocupación del esposo, ello puede ser vivido como abandono por parte de ambos y se encuentran en encrucijadas paradójicas: “Necesito que por lo menos ella trabaje, pero me pone loco que se vaya (que me deje)”. El otro no puede sostener una situación de por sí insostenible y cuando ese acuerdo de sostén resulta insatisfactorio se genera un funcionamiento enloquecedor-enloquecido.

c) Desocupación, pareja y proyecto vital.

El proyecto vital compartido, queda así cercenado. El único proyecto seguro es la incertidumbre.

Frente a la desocupación, se le pide a la pareja un trabajo difícil de realizar: contener las ansiedades primitivas y no sucumbir ante la falta de proyectos (¿Qué proyectos son posibles entonces?).

La alteración del proyecto les impide ubicarse en una temporalidad. Tambalea el marco estable sobre el que se apoyaban. La desocupación los ubica frente a lo catastrófico, a la pérdida de la noción de futuro. Par el desocupado, futuro remite a desesperanza, angustia catastrófica. La incertidumbre laboral se extiende a los hijos, ¿podrán los hijos insertarse en el mercado laboral?. El futuro “promisorio” para los jóvenes se desvanece. El estudio, la formación, no son garantía contra la desocupación.

Así la desocupación desencadena una situación que ataca los proyectos vitales de las personas desocupadas o amenazadas por la desocupación.

Ante la inseguridad y el no reconocimiento en el área laboral, la pareja y la familia se ven re-cargados en su función de reconocer y valorar al otro.

El vaciado de los lugares que ocuparon como trabajadores hace que emerja una vivencia de vacío. Esta vivencia de vacío se liga a ansiedades primitivas de desamparo y abandono que se reactualizan y se transforman en factor de desequilibrio en la pareja conyugal y en la estructura familiar.

La familia tiene así un equilibrio precario. Pasan por momentos de renovada cohesión ente la adversidad y otros en los que se puede ir instalando una apatía, resignación y restricción cercenantes. Al ser marginados se automarginan y además el entorno les huye, quedan aislados. Los amigos se sienten impotentes y temerosos a las vez de sufrir la misma suerte.

d) Desocupación y estereotipos de género.

Con la desocupación se trastocan los modelos familiares propuestos. Los trabajos domésticos son poco valorados, y el hombre que se ocupa de ellos ve disminuida su autoestima e incluso su autoridad. Los prejuicios acerca de qué es ser hombre o mujer emergen bruscamente.

En las familias más tradicionales, la desocupación del hombre puede llevar a graves conflictos en la pareja. La pareja conyugal se movía con acuerdos hablados, tácitos e inconscientes acerca de qué roles cumplen unos y otros. Debido a la pérdida de trabajo del hombre, la mujer sale a trabajar, el hombre queda en la casa. Las mujeres pasan a ser la única fuente de ingreso; los hijos, aun los muy jóvenes, salen a trabajar y su educación pasa a un segundo plano. Si bien la salida obligada de esas mujeres al área laboral es un apoyo económico, se espera de la mujer que sea ella un apoyo y sostén emocional. Entonces la salida de la mujer al ámbito laboral en las familias patriarcales, es vivida como traición y abandono.

Las mujeres excluidas del mundo del trabajo lo viven de una manera peculiar: algunas lo ligan a su condición de género, o temen volver a la dependencia y reclusión hogareña en función de las diversas representaciones

sobre su inserción familiar y social. El quedarse sin trabajo es significado como retroceso en su autonomía, como una derrota.

El hombre se ocupa de las tareas domésticas y los dos de la pareja sienten a menudo que él está realizando una tarea subalterna, o bien esos trabajos siguen quedando a cargo de la mujer sobrecargada u sobreexigida. A veces son los hijos los que se sobreadaptan, y asumiendo una pseudo-madurez, se hacen cargo del sostén afectivo y/o económico de los progenitores. Las diferencias genealógicas se borran, los niños son pseudo-adultos, o sea niños desamparados. Algunos hijos se adaptan, otros cooperan y otros se rebelan; no estudian aludiendo la poca validez del esfuerzo: "Para qué" -dicen- "¿para terminar como vos?". Otros tienen vergüenza de sus padres desocupados y ocultan la situación de desempleo.. El hecho de que los hijos no consideren más a su padre como figura dadora de seguridad por la inestabilidad laboral, puede coadyuvar a presentar una serie de síntomas (alcoholismo, drogadicción, delincuencia, etc.)

e) Desocupación y el poder simbólico del dinero.

En nuestra cultura el dinero está asociado al poder. No en vano, en los censo se denomina a la persona que mantiene a su familia: jefe de hogar, en masculino. Trabajar y ganar dinero está pautado socialmente sobre todo para el varón. El hombre basa parte de su identidad en la posibilidad de ganar dinero y con él poder mantener a su mujer y su familia. Si no aporta dinero se siente castrado, siente que no es nada; el hombre prefiere trabajar de "cualquier cosa" (y por ello acepta condiciones poco dignas de trabajo) para evitar algo peor: presentarse sin nada ante su mujer. Hombres con empleos precarios tienen una disposición de "estoica entrega" a las exigencias de cualquier trabajo que puedan conseguir (Malfé, Galli, 1996).

Es así como los efectos psíquicos de la desocupación son diferentes para cada género, para cada etapa de la vida y para cada sector social.

La desocupación en los jóvenes y la imposibilidad de obtener el primer trabajo, es sentido como un retraso en la entrada a la vida adulta. Al seguir dependiendo económicamente de los padres, se produce un desfasaje cronológico que repercute en malestar en hijos y padres. Muchas veces retrasa la partida del hogar familiar, afectando su proceso de logro de la autonomía, generando situaciones violentas.

Cuando estos jóvenes pierden el trabajo o están sub-ocupados, vuelven a depender de los padres o a convivir con ellos (parejas jóvenes que tienen que volver a la casa paterna). Experimentan todos un trastocamiento de los lugares o una falta de lugar y un anacronismo (“Por vivir en la casa de ellos me tratan como a un chico”). La desocupación provoca alteraciones a nivel genealógico: hijos proveedores del dinero que pasan a ocupar un lugar de autoridad familiar, o hijos adultos infantilizados por verse obligados, al estar desocupados, a depender económicamente de los padres.

En los sectores más carenciados, muchas veces son los niños quienes con su mendicidad sostienen a las familias, con las consecuentes alteraciones en la escolaridad infantil.

El momento vital en que ocurre el desempleo es importante y tiene particular incidencia en la llamada “crisis de la mitad de la vida”, donde las personas se sienten vulnerables, envejeciendo, generalmente con familia y padres de quienes ocuparse. (“Los de 40 ya sobramos, a los 35 ya sos viejo para trabajar”).

5) Las relaciones extra familiares y la desocupación

Como vimos, el desocupado se autoculpabiliza, se automargina. Marginado del circuito laboral, puede caer en el aislamiento.

Se distancia de sus relaciones sociales extralaborales, siente que deja de compartir intereses comunes con los amigos, excluido e la conversación social donde el trabajo ocupa un lugar preponderante,. “Un desocupado no tiene

nada interesante para decir, pasa pálidas”. La desocupación pasa a ser un monotema. Los otros a su vez eluden al desocupado porque no tienen respuestas para él y no pueden darle una mano, dado que son tantos los sin trabajo.

La solidaridad parece casi imposible cuando las relaciones de amistad intentan en vano solucionar el problema de la falta de trabajo. Algo entonces de la reciprocidad de los vínculos de amistad se pierde.

Por otra parte en la Argentina, donde alcanzar un título universitario era un aspiración de un amplio sector social (“Mi hijo, el doctor”), la desocupación o sub-ocupación de los profesionales es hoy un hecho corriente y forma parte de los mitos urbanos como el del “arquitecto-taxista” por ejemplo.

Galli (1996) analiza cómo la frustración laboral es mayor cuando es vivida como fracaso en la elección vocacional. La tendencia a autoculpabilizarse por la falta o escasez de posibilidades de trabajo, como si se tratara de una responsabilidad propia, “después de tanto tiempo en esta profesión, está visto que no sirvo para esto”.

Esta “privatización de la culpa social” es una de las inducciones provenientes de los estamentos del poder para ejercer un control social.

Para quienes habían depositados su confianza en empresas-madre o Estado benefactor, el quiebre abrupto de estas

Creencias los sume en un estado de orfandad y desamparo. Se sienten doblemente estafados. “Yo que me había puesto la camiseta de la empresa y me sentía asegurado hasta en mi vejez, de repente me siento en el vacío, me siento estafado, burlado”.

El fracaso de los proyectos vividos como personales, donde cada uno se sentía artífice de su propio destino, los lleva a un sentimiento de inferioridad, a un estado de parálisis psíquica, de pobreza mental, caracterizados por la

incapacidad de imaginar y la inhibición de la creatividad (Galli, 1996). Inhibición que relacioné con efectos del trauma social.

a) Desocupación e inserción social

Quiero recalcar la importancia de la respuesta del entorno social a la desocupación, en el modo en el que el desocupado tramitará esta situación traumática. Cuando pasan a insertarse y ser reconocidos en otros estamentos sociales, su desvalimiento y aislamiento se aminoran al ser contenidos por una estructura más amplia,. Por ello la desocupación me hace pensar que la socialización es un proceso constante y estructurante del psiquismo a lo largo de la vida de las personas. La subjetividad social se construye y deconstruye permanentemente: moldea constantemente nuestros cuerpos, nuestras mentes y nuestras relaciones sociales.

Un psicoanalista alemán, Stoffels, refiriéndose a las consecuencias del Holocausto, considera que es de gran importancia para la salud mental, tanto la incidencia de la situación previa al trauma sufrido, como la situación del trauma mismo, así como el apoyo familiar y el reconocimiento social para la situación post-traumática. Estos mismos conceptos se aplican al analizar los efectos de la situación traumática generada por la desocupación. Es esencial tener en cuenta cómo son contenidos y cómo se reinsertan los desocupados, porque la pareja y la familia del desocupado aislados no pueden tramitar esta situación. Cuando, como recalca H. Stoffels: “ Justamente la dimensión decisiva de la superación del trauma es...la experiencia de estar en condiciones de entregar algo a otros seres” en un acto creativo y social. Entonces cuando el ataque provino del entorno social, es a ese nivel que se puede ir restaurando la herida.

Quienes pasaron por la experiencia de desocupación, sus parejas y sus familias quedan de ahí en más con una marca de ese acontecimiento traumático. Esto delimita un antes y un después, y así vuelvan a encontrar trabajo, su posicionamiento laboral ya no es el mismo. El que esta marca no se

convierta en estigma depende en gran medida de la respuesta continente del entorno y los grupos de referencia en los que se injerta el desocupado.

En la medida en que desde los estamentos del poder, la sociedad no se hace cargo de los despojados de trabajo, esta sobrecarga recae sobre la pareja, familia, la escuela, etc.

b) Desocupación y pertenencia social

Estar sin trabajo es quedar afuera de todo tipo de protección (“out”, “fuiste”, al decir de los adolescentes): salud, educación, etc., y ser víctima del proceso de marginación.

La desocupación ataca la pertenencia del sujeto, a su mundo laboral, social, familiar.

Según Puget y col. (1993), es este concepto de pertenencia está incluida la idea de tributo como algo a lo que se renuncia y que es impuesto para ocupar un lugar. “Serle atribuido y atribuirse lo dado posibilita aceptar la posición que se le atribuye y atribuírsela”. Es imposible no tener un lugar, pero el desocupado pierde su posibilidad de elegirlo. Y desde que quedó sin trabajo ya tiene un lugar en lo social, el lugar estigmatizado del “desocupado”. Según sus otros apuntalamientos sociales, sus otras pertenencias, podrá correrse o no de ese lugar de excluido.

El desocupado ve atacado su lugar, pero al mismo tiempo aquel se entrelaza con su pertenencia familiar y los mandatos de los antepasados. Entonces al resultar atacada su pertenencia social, quedan vulnerados los otros espacios de distintas maneras.

6) Múltiples pobrezaas generadas por la desocupación

Según un análisis hecho por M.T. Sirvent, las múltiples pobrezaas no se agotan en el diagnóstico de las carencias que hacen a la satisfacción de las

necesidades llamadas básicas (trabajo, salud, vivienda, comida). “se trata de necesidades fundamentales pero no tan obvias como la necesidad de protección o cuidado, la necesidad de pensamiento reflexivo o entendimiento y la necesidad de participación política. Cualquier necesidad humana que no es adecuadamente satisfecha socialmente, ...genera procesos de exclusión y de aumento de la violencia internalizada en las relaciones sociales” (Sirvent, 1996).

La desocupación implica una “pobreza de protección” que por lo traumático puede acarrear una “pobreza de entendimiento”, o sea un deterioro en la construcción del conocimiento crítico sobre el quehacer cotidiano y la información cada vez más fragmentaria que se recibe. Este conocimiento nos hará detectar la violencia simbólica (P. Bourdieu), o sea aquella violencia que ejercida desde el poder, hace que le otorguemos a los hechos un sentido acorde a los intereses de ese poder. Si tenemos pobreza de entendimiento, haremos de los intereses del poder nuestro sentido común, así podemos adherir al mito como producto de la desocupación; la no capacitación laboral, o pensar en la “flexibilización” laboral como generadora de empleo; confundir “estabilidad del dólar” con “estabilidad laboral”; “achicar el Estado es agrandar la Nación”.

a) Desocupación y autoritarismo.

Históricamente los vencedores legitiman su accionar en un intercambio en condiciones de desigualdad, donde intentan imponer su voluntad y obligar a los estratos sociales a volver a condiciones de pasividad, apatía y derrotismo (Ameztoy, 1996). En el gobierno menemista, el poder se autolegitima en nombre de un supuesto bien superior (violencia simbólica), para controlar a la población ocupada, desocupada o sub-ocupada. Al mismo tiempo que ejerciendo esta violencia se niega este hecho represivo. Se genera así el “terror al desempleo”; se trata desde el poder de una coacción física y simbólica para “reorganizar una nación a beneficio del centro del poder económico. Este terror tiene efecto de verdad en los cuerpos (suicidio, enfermedades psicosomáticas, cardíacas, etc.) y en las relaciones sociales.

Así la desocupación puede generar “pobreza de participación” poniendo en marcha factores que inhiben la posibilidad de actuar en diversas instancias sociales existentes...o la creación de nuevas formas de organización”. La pobreza de participación fomenta la fragmentación, desmovilización, apatía y escepticismo. (Sirvent, M.T., 1996).

Científicos sociales al promediar la década del '80 señalaban que es “políticamente pobre el ciudadano que olvidó su historia, que no entiende lo que pasa, ni por qué le pasa y que espera la solución de un mesías redentor que le venga a solucionar sus problemas”. (Sirvent, M,T. 1996). Efectos del trauma social, como señala Freud (1930).

7) Reflexiones finales

La inserción social y laboral es esencial para “la salud mental producto de las relaciones sociales y su evolución histórica, de la capacidad de desarrollar una perspectiva integradora de la realidad ... y construir con ésta vínculos activos, transformadores”... “Por eso la importancia para la salud mental de un pueblo de aquellos acontecimientos que afectan sustancialmente las relaciones humanas”. (S. Bermann, 1995).

Las personas y sus familias ante la desocupación, necesitan emprender una lucha contra la enajenación -un proceso de desalienación-, dado que el desempleo es entre otras cosas, una táctica de alienación y control social. Por ello es necesario interrogarse sobre la articulación de las representaciones sociales e intersubjetivas que se ponen en juego con la desocupación. Descubrir los puntos de anudamiento por los que las personas desocupadas entran en relación con su entorno y detectar así las incidencias intra e intersubjetivas.

La facilidad con la que sigue ocurriendo el desempleo amenaza los cuerpos, las mentes, las relaciones sociales y las instituciones. Para no convertirnos en

“población en riesgo”, al estar expuestos a una sobrecarga adicional, creo que es necesario agruparnos, re-pensar juntos nuevas propuestas y buscar los focos resistenciales a la alienación que operan en los intersticios más inesperados de cada uno, de cada pareja, de cada familia y del entramado social.

Como trabajadores de la salud estamos ante un nuevo desafío: ¿Qué respuesta daremos? ¿Cómo pensar entre todas nuevas alternativas y llevarlas a los hospitales, a las cátedras, a los planes de estudio, a las instituciones profesionales y a las prácticas?

Decía ya en 1956 el poeta J. Gelman en su “Oración de un desocupado”:

Padre,

.....

Desde los cielos bájate, si estás, bájate entonces,
que me muero de hambre en esta esquina,
que no sé de qué sirve haber nacido,
que me miro las manos rechazadas,
que no hay trabajo, no hay...

 bájate un poco, contempla
esto que soy, este zapato roto,
esta angustia, este estómago vacío,
esta ciudad sin pan para mis dientes, la fiebre
cavándome la carne,

 este dormir así,
bajo la lluvia, castigado por el frío, perseguido
te digo que no entiendo, Padre, bájate,
tócame el alma, mírame
el corazón,
yo no robé, no asesiné, fui niño
y en cambio me golpean y golpean,

te digo que no entiendo, Padre, bájate,
si estás, que busco
resignación en mí y no tengo y voy
a agarrarme la rabia y a afilarla
para pegar y voy
a gritar a sangre en cuello
porque no puedo más, tengo riñones
y soy un hombre,

 bájate, ¿qué han hecho
de tu criatura, Padre?

 ¿Un animal furioso
que mastica la piedra de la calle?

Notas

- 1- Agradezco los valiosos aportes de las integrantes de la Comisión de Salud mental de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos que coordinaron durante 1996 los grupos de reflexión para personas afectadas por la desocupación ; ellas son las Lics. M. Berra, L. Hara, S. Pellegrino, A. Rosmaryn y L. Zaposky.
- 2- Comunicación personal de la Lic. Rosalia Schnaider, Directora del Programa de Asistencia Comunitaria Avellaneda, Fac. de Psicología U.B.A., a quien agradezco sus útiles aportes.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIAR, E. *Violencia Social. Su repercusión en la pareja*. Ed. APDH. Bs. As. 1989
- AGUIAR, E. "Transmisión de la violencia social a través de las generaciones".
Presentado en el XII Congreso Internacional de Grupo, Bs. As.,
1995
- AGUIAR, E. "Efectos psicosociales de la impunidad". Publicado en *Impunidad*.
Ginebra . Ed. Liga Int. Derechos de los Pueblos, , Febrero de
1993.
- AMATI S. "Malestar y psicoterapia" XV Congreso Interno de A.P.A. Bs. As. 1986.
- AMEZTOY, M.V. *Autoritarismo, sociedad y estado en Argentina*. Policarpio.
Presentado en las 2° Jornadas de Sociología de la U.B.A., Bs. As.,
Facultad de Ciencias Sociales. 1996
- BARANGER, M., MOM J. " El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud". Bs.
As. Revista e Psicoanálisis, TXVIV, N°4. 1987.
- BARROS DE MENDILAHARZU, G. "Pareja y violencia ¿un problema sin
solución?".
Ficha. Bs. As. 1993.
- BECCARIA, L. Y NESTOR, L. Comp.: "Sin trabajo", Ed. UNICEF. Losada. Bs. As.
1996.
- BERMANN, S. ; H STOFFELS y col. *Efectos psicosociales de la represión
política, sus secuelas en Alemania, Argentina y Uruguay*. Córdoba.
Ed. Goethe. 1995
- BERMAN, S. : *Trabajo precario y salud mental*. Ed. Narvaja. Córdoba, 1995.
- BOURDIEU, P. *La reproducción*. Madrid. Ed. Laia. 1971
- CASTEL ET COL. "La dinámicode los procesos de marginalización: de la
vulnerabilidad a la exclusión". Bs. As. Revista El Espacio
Institucional. Lugar Editorial. 1991
- CORSI, J. *Violencia familiar*. Ed. Paidós. 1994
- CORSI, J. *Violencia masculina en la pareja*. Bs. As. Ed. Paidós. 1995
- FREUD, S. "El malestar en la cultura". Madrid. Ed. Biblioteca Nueva. 1968.

GALLI, V y MALFE, R. "Desocupación, identidad y salud". En el libro Sin "trabajo".

UNICEF. Bs. As. Losada. 1996.

GARCIA REINOSO, G. "Clínica Psicoanalítica, Malestares y Porvenir", Revista Zona

Erógena N° 22, 1994, Bs. As.

GARCIA REINOSO, G. "Comentarios al trabajo sobre Trauma Psíquico de D. Anzieu", Revista Topia, Bs. As., 1995.

GELMAN, J. "Oración de un desocupado". Del libro Violín y otras cuestiones, citado

en Revista Fundaih, N°7. Bs. As. Noviembre 1995.

GIBERTI, E.; FERNANDEZ A.M. (comp). *La mujer y la violencia invisible*. Bs. As. Ed.

Sudamericana. 1989

GRIGERA, A.; MORENO, I.; BRAJTERMAN, L. "Sociedad, estado y violencia en Argentina. Aproximación teórica". Presentado en las 2° Jornadas de Sociología de la U.B.A. Facultad de Ciencias Sociales Bs. As. 1996.

HERELE-DUPUIS, E. "Les femmes face au chômage". En Revue des Psychologues, n°119. Paris. 1994.

JAHODA, M. Citado por G. Kessler en "Algunas implicancias de la experiencia de desocupación para el individuo y su familia" en Sin Trabajo de Beccaria, L. Y Nestor, L. UNICEF. Bs. As. Ed. Losada. 1996

MONCARZ, E. "La violencia en la vida cotidiana de las mujeres" Rev. Apertura. N°2. Bs. As. 1988.

PRELORAN, M. *Aguantando la caída*. Bs. As. Ed. Mutantia. 1995

PUGET, J. "Un espacio psíquico o tres espacios, ¿son superpuestos?" Bs. As. Rev. AAPPG Vol VII, T.23. 1986.

PUGET, J. "La pertenencia a una configuración vincular". Bs. As. Actualidad Psicológica. Abril 1991.

PUGET, J. Y BERENSTEIN, I.: "Psicoanálisis de la pareja matrimonial", Ed.

Paidós, Bs. As., 1988.

PUGET, J. Y KAES, R. y col.: "Violencia de Estado y Psicoanálisis", Ed. Centro Ed. América Latina, Bs. As, 1990.

REVISTA FUNDIAH "La desocupación" N°7. Bs. As. Noviembre 1995.

ROSENDO E. Y GALLIANI R. "Desocupación y violencia". Jornada Derechos Humanos y violencia. Bs. As. Facultad de Ciencias Sociales. U.B.A. 1996.

SCHLEMENSON A. "Hombres no trabajando". Bs. As. Rev. Facultad de Psicología. U.B.A. 1996.

SIRVENT M. T. "Multipobrezas, violencia y Educación". 2° Jornadas de Sociología de la U.B.A. Bs. As. 1996

SIRVENT M. T. "1976-1996. Veinte años después" Facultad de Ciencias Sociales.

STOFFELS, H. : "Efectos psicológicos de la impunidad de la represión política en América Latina y Alemania", Ed. Goethe, Córdoba, 1995.

Resumen.

Se conceptualiza a la desocupación y a la amenaza de desocupación como una situación traumática de origen social que afecta los vínculos familiares, la pertenencia social y la salud física y mental de las personas.

Se plantea la importancia de la respuesta del entorno social en su superación.

Summary.

Unemployment and the threat of unemployment are defined as traumatic situations of social origin that affect family relationships and social belongingness as well as the physical and mental health of people.

The importance of the response of the social group in overcoming this situation is stated.

Résumé.

L'on conceptualise le chômage et la menace de chômage comme une situation traumatique d'origine sociale qui affecte les liens familiaux, l'appartenance sociale et la santé physique et mentale des personnes.

L'on souligne l'importance de la réponse de l'environnement social en ce qui concerne de dépassement de la situation.